

ISABEL M. PÉREZ GONZÁLEZ

A Fernando Tomás Pérez González. In memoriam.

Las primeras palabras en lengua portuguesa que llegaron a mis oídos las escuché en boca de mi abuela paterna, se llamaba Antoliana Marqués. Ahora la recuerdo al lado del murete de un aljibe, sentada en una silla de anea justo bajo el lintero de un patio muy blanco, al que asomaban las cristalerías de una galería. Las paredes estaban cubiertas de rosales, ficus, costillas trepadoras y un jazminero gigante. “Cuéntanos historias de Portugal, abuela”, le pedía mi hermano Fernando. La abuela entonces dejaba a un lado el encaje de bolillos y nos llevaba de su voz hacia tiempos, espacios y biografías que había transitado en su remota adolescencia: las amplias latitudes de Lisboa, la *Real Fábrica de Vidrio* en Marinha Grande, el hallazgo de su “virgen rota”...

Mi abuela era sobrina predilecta de Juan Marqués, que era el hermano mayor de su padre y residía entre Vila Viçosa y Lisboa. Nunca hemos preguntado por qué esta rama de la familia vivía fuera de España, nos ha bastado saber que aquel tío de la abuela fue el patriarca de nuestros parientes portugueses. Juan Marqués mantenía una estrecha relación con el conde de Azaruja y pasaba algunas temporadas en el palacio que éste mantenía abierto en Azaruja. A veces mi abuela también permanecía algunos días en aquella propiedad, en la que era compañera de correrías de su primo Alfonso y de Libório, uno de los hijos del conde. Azaruja es territorio de dólmenes, tesoros escondidos y apariciones milagrosas, que han referido las generaciones con

palabra de fe. Así que mi abuela, Alfonso y Libório jugaban con frecuencia a la búsqueda de indicios que anunciaran hallazgos enterrados.

En una ocasión decidieron cavar al pie de un árbol cuyo tronco ancho, ramificado y lleno de oquedades, se les antojaba un lugar perfecto para el milagro. Cavaron durante un buen rato hasta que de repente Alfonso tanteó bajo los chupones alledaños al árbol, el extremo de una madera torneada. Al grito de “¡aquí hay algo!”, los tres niños se afanaron en arrancar hierbajos y escarbar en la tierra hasta dejar a la intemperie el objeto de su codicia. Cuando al fin desenterraron el tesoro no supieron qué decir, ni si debían recogerlo o dejarlo abandonado en el lugar, ni siquiera sabían si aquello era objeto inservible, tesoro o milagro. El trozo de madera –negruzco, lasqueado, comido de hormigas y de tiempo– reproducía de forma primitiva una imagen de María en posición orante. Enseguida los dos muchachos convinieron en regalarle a mi abuela aquella Virgen deforme, quizá un poco por decepción o porque fue ella sola quien manifestó entusiasmo con el hallazgo.

Alguien contó después en las cocinas del palacio que hacía muchos años, no muy lejos de allí, una mujer enferma de un padecimiento incurable se había refugiado en una casa semi derruida, dentro de la cual había hallado abandonada una imagen de la *Senhora do Carmo*. Repuesta de su sorpresa, aquella mujer le había pedido a la Virgen que la curara de su mal y la *Senhora* le había concedido el favor. Muy pronto la noticia de aquel suceso se extendió por tantos territorios que la gente comenzó a acudir en peregrinación hasta el lugar donde había permanecido olvidada la imagen milagrosa. Alguien dijo también que la estatuilla encontrada por los niños debía ser igualmente de la *Señora do Carmo*, pero mi abuela siempre la denominó su “virgen rota”.

MARTES 16 DE OCTUBRE. EXPOSICIÓN

ARTISTAS PLÁSTICOS DE LA RAYA.

Sala de Exposiciones Vaquero Poblador y Patio de Columnas de la Diputación de Badajoz.

Del 16 al 30 de octubre.

Acudí treinta minutos antes de la hora a la Sala de Exposiciones *Vaquero Poblador* de la Diputación pacense. “¡Hombre, por esta vez he sido la primera

en llegar a la cita!”, me dije. Es una lucha mía esta contra la impuntualidad. Pensé que al fin, por una vez al menos, había vencido. No era verdad. Sólo había equivocado la hora, me lo dijo el conserje. “Mejor así”, pensé. En efecto, durante el tiempo de espera pude contemplar a solas, con lentitud, con regusto, las piezas expuestas para su exhibición. Y así fue como sucedió lo que no imaginaba. De forma imperceptible, sin premeditación ni visos de idea preconcebida, casi sin darme cuenta, fui iniciando un viaje de regreso al Portugal –no sé si idealizado, no sé si imaginario– que tintó de singularidad muchos días de mi infancia.

Ya en el Patio de Columnas, encontré a Marta del Pozo y Ricardo Cabezas, representando a la Asociación de Universidades Populares de Extremadura (AUPEX). También estaba allí Ignacio Corrales, en nombre del Gabinete de Iniciativas Transfronterizas. Ricardo me lo presentó. “Es Isabel M^a –dijo–, la cronista”. Ignacio, muy amable, me dio las gracias por haber aceptado esta labor. “Es el retorno al Portugal de mi abuela”, pensé. Y sentí que era yo quien tenía que dar las gracias.

Desde el año 2002 existe un Circuito Cultural Transfronterizo a través del cual los artistas plástico rayanos –Alentejo, Beira Baixa, Extremadura– intercambian sus proyectos, comparten sus andanzas, disfrutan los unos la obra de los otros. Lo propicia AUPEX, gracias al apoyo del Gabinete de Iniciativas Transfronterizas. Esta exposición, enmarcada en el programa de *Ágora, el debate peninsular*, es uno de sus frutos. “¿Cómo le habría gustado a mi abuela disfrutar de todo esto!”, pensé en el momento de su inauguración. Y vino a mi memoria su pregunta machacona: “¿Por qué España nunca se acuerda de Portugal?”. Las cosas han cambiado desde entonces, al menos aquí, en este territorio de frontera.

Por eso, ahora que recuerdo lo ocurrido aquella tarde –la primera tarde de aquellos días–, quiero escribir en presente todo cuanto viví, para que no termine nunca, para que quede impreso, sin tiempo, en la memoria.

La exposición *Artistas plásticos de La Raya* es prelude de la hora en que la cultura portuguesa envuelve la ciudad. “El acontecimiento artístico que nos convoca –proclama Ricardo Cabezas– no es culminación, sino continuación de un circuito enriquecedor de cultura transfronteriza”. Así ha de ser y así lo

sentimos quienes estamos presentes. Así lo confirma también Manuel Casa Branca, de MontemorNovo. “La cultura no tiene fronteras”, dice. Y alguien, otro de los artistas, creo, afirma a mis espaldas: “La raya que nos une y nos separa es una raya discontinua”. Mientras tanto Ignacio Corrales agradece la colaboración de organizadores y participantes en una exposición que entraña las dificultades propias de toda exhibición itinerante e interfronteriza. “¡Lástima que mi abuela no pueda disfrutar de todo esto!”, repite mi memoria.

Y ya, de paseo por la exposición, encuentro como inicio la imagen visual de *un beso de cine*. Eso es lo que anoto en mi cuaderno, impresionada, lo confieso. Ahora sé que su autora —es Isabel León y viene de Cáceres— aspira a registrar en su obra la unidad vida y arte. *Silenciosa despedida* se llama esta pieza, y reproduce —lo ha dicho su autora— un verídico “largo adiós”: vuelve otra vez el cine.

Luego, las cartulinas de pintar, el papel de periódico, las telas de saco de Isidro Paiva —de Portel— me hablan de los ocre que yo llamo “los colores del desierto”. Me gusta esta superposición de materiales únicos y diversos, en una sola unidad.

Ana Ibarzábal es de San Sebastián. Ya lo vemos: el arte, si lo es, carece de fronteras. No es tópico, es que aún no hemos aprendido lo que tendríamos que aprender. De San Sebastián en fotografías —mar, nubes, piedra, árboles..., de camino hacia cualquier parte, a Islandia, a la Vera, a un bosque del País Vasco. “¿Qué más da? —me pregunto— ¿qué importa de dónde o de quiénes sean este gris, estos azules, esta luz de nublado? Están aquí, para que yo los vea”.

Así llego a la obra de Catherine Henke, de Suiza, y sigo comprobando que Portugal y España son Europa y no existen geografías si así lo deseamos. Hay cuerpos humanos en esbozo que vuelan o reposan sobre intensos azules, azules añil. Anoto: *Azules de mi infancia*. No pretendo con ello emular a Machado. Es que son los azules de un espacio donde las sábanas se lavaban con agua teñida de añil y añil eran los zócalos de las paredes blancas y el cielo que cubría aquel bosque de sábanas entre las que jugábamos. *Azules de mi infancia*, anoto, para un Ícarohombre caído del cielo de los sueños.

Volvemos a Extremadura con el mural de Hernán Pacheco, que llega de Cáceres y nos dice: “Sucedió que un día varó ropa en mi playa abandonada,

enarenándose de tristeza y recuerdos tristes, entonces hube de recurrir a lo más primitivo de la simbología para curarme”. Un rostro de mujer en óleo y carboncillo, acrílico también, es su *Exorcismo a un falso amor demasiado largo*. Hernán lo ha dicho, o lo ha pintado, en 2007.

Y ahora, de aquí, de Badajoz, la geometría de Soledad González. “Geometría en color de varias dimensiones”, anoto. Ella afirma: “No es necesario creer en lo que dice un artista, sino en lo que hace”. Yo creo en lo que hace Soledad.

Enseguida contemplo la fuerza del rigor más clásico que nos renueva Pablo Lapeña –también de Badajoz– a través del cuerpo humano en movimiento –Ícaro otra vez–, o en un busto de noble expresión. “Hermoso busto ciceroniano”, anoto en mi cuaderno.

Y de repente, así, sin esperarlo, llego a un jardín de fronda iluminada. “¡¡¡El patio de Arco Agüero!!!”, escribo con grandes exclamaciones. Y continúo: “¡¡¡Aquí están –renovadas– las plantas trepadoras, el sótano, la puerta de aquel espacio desde donde veíamos un cielo muy azul, oculto tras el níspero!!!”. Ward Jansen, que es de Beesel, en Holanda, no sospecha siquiera que en su *Jigsaw jardín*, óleo sobre tela, ha pintado aquel patio blanco, verde, azul y de otros mil colores que existió un día en la calle Arco Agüero. No sé, quizá todos los patios sean iguales y Jansen no ha pretendido más que “redescubrir esas formas pelo cansaço do tempo, reolhar, reconstruir”. Esto es lo que dice, y me quedo enredada en sus palabras. Así que a duras penas regreso hasta el presente para seguir con mi paseo.

Luis Ança ha nacido en Lisboa, pero ha huido de su ciudad por escapar de los circuitos comerciales hacia la libertad del Alentejo interior. Allí experimenta, indaga y crea un diálogo permanente de técnicas y materiales diversos. El resultado es un conjunto de perspectivas que Ança forma y deforma con verdadero control.

Y enseguida, un salto de ceremonia ancestral hacia las venus que Carmen Goga ha tallado sobre la piedra viva, bajo el influjo de la tierra y las tradiciones de su pueblo, Ribera del Fresno. Sus venus hablan de lunas, de agua, de piedra, de mujer. Una mujer rotunda, exuberante y fértil, como la madre tierra.

Luego llegó la misoginia judeocristiana y dijo que la mujer era la culpa y el pecado. Así lo difundió su perversa mitología y desde entonces existe en el imaginario de los siglos, como obsesión enfermiza, una mujer tentación con su manzana a cuestas. “He aquí el anatema contra tanta estupidez”, escribo. Nos lo ofrece, en acrílico sobre lienzo, Verónica Bueno de Badajoz. Lo titula *Eva. El acoso de la manzana*.

A veces la deformidad es una gran metáfora del hombre. Lo dicen los sueños y sus figuras de extrañeza tan llenas de significación y de emociones. “Desfiguración goyesca, extrañas impresiones en suelo y pared. El hombre no es más que su deformidad”, escribo a propósito de un cuadro que Carlos Farinha nos trae desde Santarém. Y continuó: “La aldea global es esto, esta fantasmagórica estampa familiar”. Farinha la titula *Playstation*, un paradigma certero.

Sin embargo, es verdad, el hombre guarda siempre un anhelo de auto redención que le lleva por territorios de introspección salvífica. Entonces, cuando el hombre anhela, inicia un viaje interior hacia el reencuentro con su identidad de hombre y halla espacios de luz y horizontes sin límite. Así lo representa José Manuel Gamero Gil, de Badajoz, en su escultura, sus seis fotografías y sus vídeos, cuyas cartelas rezan: *Anhelo*.

Con Manuel Casa Branca concluye el paseo de esta tarde por la creación plástica rayana. El alcornoque es aquí símbolo de todas las destrucciones, su tronco descorchado es símbolo, a la par, de la supervivencia. “Destas árvores também emana uma solução de equilíbrio entre a floresta e o homem”, nos dice Casa Branca, y lo pinta en esos paisajes de suelo y de vuelo totémicos que son esencia de Montemor Novo, del Alentejo todo, en realidad. También de La Raya extremeña.

El paseo toca su fin, es cierto. Sin embargo, no me es posible concluir este inesperado regreso al Portugal de mi infancia porque estos alcornoques descorchados insisten en La Raya que mi abuela vivió. Con ellos retorno a aquella fábrica de corcho que la firma inglesa de los Bucknall tenía en San Vicente de Alcántara. Higinio Marqués, mi bisabuelo, la regentó durante años. Más tarde, los ingleses trasladaron su empresa a Lisboa y pusieron en venta las instalaciones de San Vicente. Las compró Higinio Marqués. Y ahora retorno

a aquel fabuloso viaje a Lisboa de mi abuela niña y su padre, para ultimar los detalles de la compra. Fue su primera y última visita a la corte lisboeta. Cuando volvió poco después, Portugal era ya una república. “Ambientes que se cruzan em caminhos diversos”, concluye Manuel Casablanca. Yo en cambio continúo este camino de regreso al Portugal de mi infancia.

LUNES 22 DE OCTUBRE. TEATRO

LA ALEGRE HISTORIA DE PORTUGAL EN EL TEATRO LÓPEZ DE AYALA.

Lo aprendí en mis primeros libros. El heroísmo es una virtud atribuible a seres dotados de valor y dignidad en grado superior. Paso revista ahora, uno por uno, a todos mis héroes de entonces y reconozco que mi predilección se inclinó siempre hacia aquellos cuya vida fue una aventura andariega por los caminos de lo desconocido, del coraje, la astucia y el peligro. Esta tarde, la compañía *Bocage*, ha puesto a muchos de ellos en frente de mi memoria.

A esta cita que tengo en el Teatro López de Ayala con *La alegre historia de Portugal*, me acompaña mi amiga Pilar Soto. Pilar es bibliotecaria, excelente bibliotecaria y estudiante de portugués en la Escuela de Idiomas. A la entrada del teatro encontramos a algunos de sus compañeros. “¿Crees que lo entenderemos bien?”, pregunta uno de ellos. Y otra chica responde: “Parece que nunca hubieras estado en Portugal”. Los amigos de Pilar conocen al detalle la costa portuguesa. A veces alquilan una casita y pasan en ella todo el fin de semana.

Comienza la obra. En escena, esa economía de recursos tan contemporánea y eficaz, cuando la dirección es buena. Ésta lo es. Así que bastan unos cuantos actores para reconstruir toda una historia nacional, bajo las perspectivas del humor y cierta irreverencia que tanta falta hacen a las historias nacionales. Nosotros, el público, también participamos de esta reconstrucción histórica tan ventilada y saludable.

Aquí están Aníbal y Viriato —“pastor lusitano” que aprendíamos en la escuela— para abrir la hora peninsular con la sonrisa del espectador. Llegan, siglos después, dos reyes de peripecia diferente. Los conozco a los dos. Uno

es aquel Afonso Henríquez, el aguerrido de la independencia, el otro, Don Dinis, el rey de las cantigas:

Ai, flores, ai, flores do verde pino,
se sabedes novas do meu amigo?
Ai, Deus, e u é?

Hay luego un momento de ternura en el humor para la hora dramática de doña Inês de Castro. Pero enseguida volvemos a la risa con los líos amorosos del inconsciente don Fernando. También nos hacen reír –aunque parezca impropio– la defensa nacional del rey don João I –Castilla en Aljubarrota– y su mirada navegante –quizá la de su hijo– hacia los mares del Sur. Me gusta comprobar que todavía me acuerdo de aquello que estudié, hace ya mucho tiempo. En efecto, recuerdo, por ejemplo, que este don Henrique abrió para Portugal la costa atlántica de África. Luego Vasco de Gama llegaría a la India y el desafortunado Don Sebastián acabaría enterrando los sueños imperiales –aunque nunca del todo– en las arenas de Alquazarquivir.

Todo ello, y más, fue escrito en el siglo XVI con la voz solemne y el verso épico de Luis de Camões. A él sí lo he leído después bastantes veces. Ahora estas peripecias vitales e históricas son actuadas en el teatro de la ciudad: siglos de gloria y de infortunio que siguen transcurriendo ante nosotros –o con nosotros– entre la risa y la emoción.

Luego llegamos al terremoto de Lisboa y la crueldad iluminada del marqués de Pombal. Mi abuela nos hablaba del él con alguna frecuencia, pero no sé si le gustaba mucho o poco. Recuerdo que decía: “Pombal fue el déspota que sacó a Lisboa de los escombros”.

La historia continúa con sesgo de heroísmo e irreverencia venial –Napoleón, la fuga de los reyes a Brasil, el imperio perdido, la reina doña María, el bienintencionado don Pedro–, hasta el advenimiento de la República en 1910 y su caída bajo la bota militar, paso abierto al yugo salazarista y sus designios siniestros.

“Oye, ¿qué significa esa expresión, *chato, pa* o algo así, que tanto emplean los actores?, pregunto a Pilar. “Viene a decir “qué plasta, tío”, más o menos”. Sonríe y entiendo por qué se repite la expresión a lo largo de la obra. Pero

abandono la sonrisa enseguida. Es que hay ahora un espacio de tragedia para el asesinato a traición de Humberto Delgado y su secretaria. Aquello ocurrió un día de 1965 en Villanueva del Fresno, provincia de Badajoz.

Minutos después volvemos a reír con las tres “efes” portuguesas y su simbología: Fátima, fútbol, fados. Y tras ellas, naturalmente –y en serio–, la voz de Amalia Rodrigues, la voz de Portugal.

DEL 22 AL 28 DE OCTUBRE. SEMANA GASTRONÓMICA. SABORES DE PORTUGAL.

Alguien podría pensar que los ciudadanos de Badajoz no necesitan una muestra de la cocina portuguesa. “A estas alturas de nuestras entradas y salidas a través de una frontera que ya ni recordamos, todos hemos probado manjares de Portugal”, me replica un compañero de trabajo cuando le hablo de esta semana gastronómica. Y añade: “Pero siempre está bien tenerlos a la mano y saborear un buen *vinho* sin miedo a que la policía te haga soplar en el globito”.

Son muchos los restaurantes que se han sumado a esta iniciativa: Aldebarán, Campañón, Dosca II, Doña Purita, El Sigar, La Alacena, Las Bóvedas, Los Monjes, Lugaris y Restoval. Todos se esmeran en ofrecer los platos más deliciosos de cuantos caracterizan las costumbres culinarias portuguesas, tan mediterráneas a veces, tan atlánticas otras, tan impregnadas de los sabores coloniales en muchas ocasiones.

Doy la noticia de esta oportunidad gastronómica a compañeros y amigos. Ellos me lo agradecen, yo sé que van a disfrutarla. Algunos vienen conmigo en este recorrido por la excelencia de tantas recetas portuguesas elaboradas en los rincones culinarios de nuestra ciudad. Hay un momento en el que no sé si estoy en Badajoz o me hallo trasladada por arte de magia a una feria gastronómica –una feria, por cierto, muy recomendable– la *Feria gastronómica de Santárem*. En realidad, no hay magia alguna, es sólo que estoy disfrutando un riquísimo cerdo con almejas. Lo descubrí una vez, hace ya muchos años, en un pequeño restaurante de aquella ciudad.

DEL 22 AL 27 DE OCTUBRE. SEMANA DEL LIBRO PORTUGUÉS. Es cierto, las cosas han cambiado, y quizá no sólo en este territorio de frontera. Lo dicen así, en el campo de la literatura, las recientes ediciones –bilingües o traducidas– de obras portuguesas, no todas publicadas en La Raya. PreTextos, por ejemplo, que es editorial valenciana, sacó a la luz en 2001 *Todo el oro del día*, de Eugénio de Andrade –en coedición con la Editora Regional de Extremadura–. Es edición bilingüe, obra de Ángel Campos.

Hemos de recordarlo, y lo repito, es éste un territorio de frontera, es decir, territorio de escritores bilingües, acá y allá. En Portugal, por ejemplo, mis amigos Fernando Pinto do Amaral o Ruy Ventura. Aquí, dos excelentes traductores: Antonio Sáez y el citado Ángel Campos. Ambos son profesores en la otra parte de La Raya.

De Antonio Sáez es imposible olvidar aquel *Morresteme*, de José Luís Peixoto, que tradujo –*Tê me moriste*– para la colección *La Gaveta*, de la Editora Regional de Extremadura. La Editora Regional, con Fernando Tomás Pérez a la cabeza –hasta la hora de su muerte “tan temprana”, hoy la dirige Álvaro Valverde, también con gran acierto– tiene mucho que ver en este intercambio literario entre ambas orillas de La Raya. No sé, quizá es que Fernando también recordó muchas veces aquel Portugal de su infancia.

Hay otra editorial, muy joven –y muy certera– que tiene en sus haberes la publicación de una novela portuguesa del siglo XIX, casi olvidada en Portugal. En España ha estado inédita hasta ahora. La editorial se llama Periférica. La dirige desde Cáceres el novelista Julián Rodríguez –Paca también–. La obra portuguesa es *La pelirroja*. Su autor, Fialho de Almeida, dicen que el mejor retratista de Lisboa. Yo sé de él una anécdota. Cuando Carolina Coronado era ya una mujer senil y Almeida un joven escritor, la poeta lo recibió un día en su palacio de Mitra y puso a prueba sus conocimientos acerca de la literatura española. Almeida la conocía al dedillo, así que doña Carolina, con expresión castiza, no pudo por menos que exclamar: “¡Hombre!, es usted un joven muy sabiondo”. Esto se lo contó Alfredo Keil, vecino y contertulio de la poeta, a su hija la escritora Guida Keil y ella lo dio a conocer en su *Carolina Coronado*, publicada por la Academia Portuguesa de Ex-Libris en 1960.

Me gusta detenerme a indagar entre los anaqueles de las librerías. Esto lo hago, casi siempre, los sábados por la mañana. Hoy, que no es sábado, me detengo más de lo habitual en tres librerías de Badajoz: Colón, Universitas y Zurbarán. Veo los libros que he citado antes, pero hay más, y me sorprende gratamente. Lo cierto es que de Portugal nos llegan los autores de siempre, los de los libros más vendidos. Ocurre lo mismo con los autores españoles, en realidad. Pero esta tarde, en una de las librerías, hallo algunos ejemplares en su edición portuguesa. Por eso digo que me sorprende, y muy gratamente.

Compro una *Historia da literatura portuguesa*, de referencia obligada, que hace tiempo deseo tener. Es obra de António José Saraiva y Óscar Lopes. “¡Saraiva en Badajoz! Esto marcha”, me digo. Veo después, y adquiero enseguida, un libro que me llena de curiosidad y de interés. Es una *Antologia da poesia portuguesa erótica e satírica*, a cargo de Natália Correia, la poeta de las Azores, la que escribió:

“O corpo é praia a boca é a nascente
e é na vulva que a areia é mais sedenta
poro a poro vou sendo o curso de água
da tua língua demasiada e lenta...”

Y en esa misma librería, para mi gran sorpresa, encuentro los *Sonetos* de Florbela Espanca. No salgo de mi asombro: “¡Esto sí que no lo esperaba! Saraiva, vale, ¿pero Florbela?”. Es una edición de 1978, publicada por Livraria Bertrand e ilustrada con fotos de familia. Un hallazgo inesperado que revuelve mi memoria. “Por fas o por nefas, está claro que ésta es mi semana de retorno al Portugal de la abuela”, me digo una vez más.

Y es que hace unos cuantos años, en una reunión familiar, conocí a mi tía Cesárea, de Barranco. Cesárea, descendiente de aquel Alfonso que jugaba con mi abuela en Azaruja, recordaba al detalle la casa de Arco Agüero en la que de pequeña había pasado temporadas. Aquel día me contó muchas cosas de mi familia portuguesa, casi todas desconocidas para mí. La que más me impactó, la que por sorprendente se me quedó más grabada, fue la historia de los amores prohibidos de su tío Alfonso con la poeta Florbela Espanca. Recuerdo que di un brinco en la silla cuando me lo soltó un poco a boca jarro. “¡No

puedo creerlo!”, respondí, o exclamé, o grité. Recuerdo también que a tía Cesárea se le resucitó la rabia antigua al referirme que cuando conoció aquel episodio, quiso saber más sobre el asunto. Supo entonces que alguien había quemado las cartas turbulentas y apasionadas de la poeta amante. Ella se había llevado un gran disgusto, yo me llevé una gran desilusión. “¡Qué lástima!, me habría encantado publicarlas”, fue lo único que pude responder.

MARTES 23 DE OCTUBRE. CONCIERTO

RÃO KYAO EN EL TEATRO LÓPEZ DE AYALA.

Es de Lisboa, pero busca –entusiasta, incansable, eficaz– los sonidos del mundo. La flauta de bambú y el saxofón son el cayado de un peregrinaje que ya ha dejado atrás 17 álbumes. Estoy hablando, desde luego, del maestro Rão Kyao.

Hace una bonita noche. En la puerta del teatro encuentro a Maribel Covarsí. “¿Vamos al concierto?”, pregunta. “Vamos”, le respondo. Entramos en silencio. Creo que intuye mi congoja, por eso calla. En efecto, es imposible no evocar al fotógrafo Antonio Covarsí, su hermano, cuando de un modo u otro se vive Portugal. Recuerdo ahora, por ejemplo, *Una luz incierta*, su exposición en *Ágora* de 2004. Cuando entramos ya hay público en la sala. Mi hermano Juanse, que estudia 5º de portugués en la Escuela de Idiomas, ya está allí, con su amigo –mi amigo– Nani Tristancho. Ninguno de los dos podía perderse un concierto de Rão Kyao; en ellos sería un delito.

Y se apagan las luces de la sala. En la escena, iluminada, el músico se inclina. Coge una flauta de bambú e inicia unos sonidos que elevan el espíritu en vuelo universal hacia el Oriente, o al Poniente tal vez, o quizá al Sur, pero siempre a las alturas imposibles de la paz. “La paz de las alturas. Veo el mundo desde el vuelo”, anoto en mi cuaderno, con la ayuda de una pequeña linterna, hasta que el movimiento de ascensión –“suavidad de ave que planea”, escribo– se quiebra en dinamismo con la entrada de la cuerda, el teclado y la percusión. Se oye luego una voz acústica y lejana, como eco de pájaros, o monte, o vuelo.

El concierto acaba de comenzar. Y con él, un viaje por las sonoridades exóticas que compendian la verdadera música portuguesa, esencia incluso de aquella que tomó el nombre de fado. Porque la música de Portugal, como toda su historia, es resultado de un continuo navegar por mares africanos, indios, árabes, chinos... Rão Kyao lo sabe, se siente orgulloso de ello, y aspira a convertir sus creaciones en una comunión de sonos diversos y remotos. Por eso indaga, viaja, escucha y crea saludos al sol desde una selva, las voces de los niños jugando en las eras, melodías de la tierra del vino, el aceite y el pan o el ritmo de los pies en las favelas y danzas de dragones en Macao.

Sí, Rão Kyao ejecuta el compendio étnico de todas las músicas en una composición universal, que el artista va secuenciando en temas. Allí Alfama y sus melancolías –aires de fado y cadencias de jazz–, allí bailes de Tras os Montes, solos de percusión, profundidad moruna de sus orígenes en Moreíras, allí los espejismos del Magreb –las voces del desierto entre las dunas, el efecto del aire, lejanías–, allí el ritmo saltado del folklore portugués y ecos de la profunda América del Sur. Allí, en fin, una noche de lobos. Rão Kyao nos dice que este tema está inspirado en su gusto infantil por la luna y los lobos. A mí me fascinaban igualmente, yo creo que a todos los niños. Por eso el público guarda silencio de sobrecogimiento, nos hemos parado a escuchar el aullido del lobo mirando hacia la luna. Se oye rumor de aguas y de viento, un pájaro nocturno –quizá de mal agüero– y un sonido profundo, acompasado, cavernoso, que llega desde lejos.

El maestro nos ofrece también –a este público que “es el mejor del mundo”, eso ha dicho– una composición inédita de gratitud a todo cuanto la vida tiene de bueno. Me acaricia de nuevo el vuelo de los pájaros.

Ya en el bis, una canción de la Beira Baixa, y un tema inspirado en el folklore portugués, para que todos lo bailemos. Esa es su invitación. Y de verdad que se me mueven los pies, como en los tiempos en que subía a los escenarios. A qué negarlo, hace años yo era bailarina de folklore español, lo mostré por el mundo, y con salero, decían. A qué negarlo. Así que ahora se me escapan los pies. No puede ser de otra manera: el tema que el maestro Rão Kyao nos interpreta tiene aires de *corridinho*.

MIÉRCOLES 24 DE OCTUBRE. CORTOMETRAJES.

VI MUESTRA AUDIOVISUAL LUSO-EXTREMEÑA EL MES + CORTO.

CENTRO DE OCIO CONTEMPORÁNEO (COC).

El Gabinete de Iniciativas Transfronterizas abarca un campo de actuación abierto a otras iniciativas de proyección portuguesa y española. Esta muestra audiovisual, por ejemplo, que se enmarca en las actividades de *Ágora, el debate peninsular*, corre a cargo de la Asociación Cultural Videorama. Su objetivo es, según nos expresan en el programa, “potenciar y exhibir obras audiovisuales extremeñas y portuguesas, favoreciendo así el conocimiento de ambas filmografías y facilitando coproducciones futuras”.

No hay demasiado público en la sala, pero la gente que está se ve aficionada y puesta al día en la modalidad del cortometraje. Echo un vistazo al programa: se prevé la proyección de doce cortos y compruebo que hay realizadores muy conocidos, algunos tienen muchos premios a sus espaldas. “Esto promete”, escribo a la luz de mi linterna.

História trágica com final feliz, de Regina Pessoa, abre la sesión. Es una fantasía animada que ha obtenido un gran reconocimiento internacional. No me extraña. En imágenes de extraordinario dinamismo se nos narra, y con una gran dosis de ternura, el proceso de liberación de una niña que sufre la certeza de saberse distinta de las personas con las que ha de convivir. Ya sabemos, a Regina Pessoa le interesa la poesía escondida tras las vidas de esos seres anodinos que pasan por el mundo sin que nadie los vea.

A continuación, el realizador João Nicolau nos trae *Rapace*, obra seleccionada para la Quincena de Realizadores del Festival de Cannes. Con humor cercano al surrealismo, Nicolau nos cuenta la historia de Hugo, un joven perezoso, inseguro y un tanto infantil, que tras haber terminado la carrera y harto de leer autores poco conocidos, pasa los días huyendo del sueño de la razón. Duerme mucho y a deshoras, juega con la sirvienta a algo así como al ratón y el gato y compone con su amigo Manuel letras de canciones acerca del barrio donde viven. Pero la belleza de la joven y audaz Catarina va a poner un punto de desconcierto en su plácida vida. Una fábula muy simple, en apariencias, que sin embargo despliega una lógica inquietante en su discurso narrativo y en el comportamiento de los personajes.

Ahora se nos proyecta *Stuart*, de José Pedro Cavalheiro, conocido como “Zepe”. Decir Stuart en Portugal es recordar a Stuart Carvalhais (1887-1961), un ilustrador emblemático relacionado con el modernismo, aunque alejado siempre de los santones y de los círculos artísticos. No fue feliz, ni tuvo mucha suerte. Terminó sus días vendiendo por las calles sus dibujos a cambio de un vaso de vino. *Stuart*, el cortometraje, es un juego de líneas y sombras en continua metamorfosis –continuo “flujo casi musical”, afirma Zepe–, que nos descubre dos universos a la par. Por un lado, el universo gráfico de aquel malogrado diseñador, sus múltiples registros –desde el diseño realista hasta el trazo de impresión–, su gusto por el blanco y el negro, por el empleo de la tinta china o el carboncillo. De otro lado, su universo vital, el paisaje humano y callejero de aquella Lisboa llena de historias silenciosas por la que transitó el talento caído de Stuart Carvalhais.

Los primeros colores nos llegan con este *Abrço do vento*, de José Miguel Ribeiro, un realizador a quien gustan las animaciones con plastilina y marionetas. Hoy nos trae un sobre de carta arrugado, una tierra profunda, unas hojas y hierro, es decir, la ciudad que vivimos –hierro y tierra habitados– a la que el viento trae el eterno devenir con sus renacimientos.

A piscina es obra de Iana y João Viana. Hay algo que pesa en su silencio: blanco, muy blanco, y mucha luz. Así es el comienzo de un plano único con el que atravesamos la piscina, como atravesamos la vida, desde un comienzo luminoso que al cabo, casi sin tiempo de disfrutar el sol, nos devuelve a las sombras. La vida pasa toda frente a nosotros en una imagen estática. Es la hora del fin, hora calma... y con mucha luz.

Dejamos atrás la reflexión existencial y saltamos de un brinco –un golpe de máquina– a una nave perdida en el espacio. Nos traslada Agostinho Marques en su *Cosmix*. El bueno de Cosme, un astronauta perdido en mitad de la nada, y sin combustible, recuerda sus amores al tiempo que conduce su nave hacia una estación de servicio. ¡Pobre Cosme! Si turbulento fue su amor, más turbulento es el encuentro con la pandilla de robots enloquecidos que le aguardan.

Volvemos a las sombras –negro-azul, diría– con la animación *Com uma sombra na alma*, de Fernando Galrito y João Ramos. Hay un seguir de pasos

femeninos sobre silencio con música y realismo en las imágenes. Un hombre va detrás de ella, un hombre y sus recuerdos. Se escapa, vuelve a encontrarla. Nada le dice. La sigue, la sigue y nada más. Ella se encuentra con otro hombre, lo abraza. Ahora, ella sigue detrás. Un hombre, una mujer, cada uno carga en el alma el peso de su propia sombra.

La ficción de Pedro Maia, *La excusa*, nos devuelve al ser humano y sus contrasentidos. Hay una adolescente que ha pasado una noche absurda con sus amigos y ha de encontrar la razón más idónea para que el padre no reprenda su tardanza. Sin embargo, para algunos –y algunas– es mejor trasnocharse, o no regresar nunca. Así jamás sabrán lo que hace su padre cuando ellos están fuera de casa.

Cabeza de veloci-raptor es un videoclip de animación –figuras elementales–, obra de Raúl Bravo, Gonzalo de la Osa y Manolo Madrigal, realizado para los Wrayajos. El grupo –su música y su letra– suena de fondo. Es un viaje al pasado remoto de ambiguos personajes y acciones surrealistas. “Tengo cuerpo de hombre y cabeza de veloci-raptor–”, repite el estribillo.

Jesús, mi Jesús es el cortometraje de ficción que nos traen Olatz Arroyo y Charly Planell. María y Pilar son dos amigas del colegio. No han vuelto a verse. Ahora, la una es prostituta, la otra una mujer decente. Por casualidad, quizá no tanto, se encuentran de noche en una calle solitaria. No tienen mucho que decirse, pero hay algo que las une. El marido de la mujer decente puede que tenga una amante. Ironías de la vida, que diría alguien.

Track one se enmarca en el género experimental. Es obra internacional y colectiva: Pantalón, Smash, Mazor, Cestop, Der Piipo, Kustaa y Northbound-sond. Constituyen –diríamos– secuencias envolventes o acoplamientos mecánicos de líneas y de objetos, para dar imagen y acompañamiento al ritmo de la música.

Termina la sesión con otro trabajo experimental, *Memorize your future*, obra de Jan C. Obergfell y Sylvia Klaus. Toda imagen que impacta nuestra memoria puede condicionar nuestro futuro, entiendo que nos dicen ambos realizadores.

JUEVES 25 DE OCTUBRE. ENCUENTROS LITERARIOS.

LA POESÍA DE MANUEL ANTÓNIO PINA EN BADAJOZ.

El Gabinete de Iniciativas Transfronterizas, ya lo hemos dicho, ofrece su colaboración a cualquier plataforma seria que proponga un tipo de intercambio entre los dos países ibéricos. Por eso, hace ya varios años, viene prestando sus buenos oficios a la Asociación de Escritores Extremeños (AEEX) en más de una actividad, en las Aulas de Literatura, por ejemplo. Estas Aulas fueron creadas con el fin de celebrar encuentros entre los escritores y sus lectores. En sesión de mañana, el autor lee y comenta su obra para un público de bachilleres, llenos de extrañeza a veces y siempre llenos de gran curiosidad. Por la tarde es la lectura pública –algunos niños de la mañana regresan a la lectura adulta–, que se abre al final para el debate.

El Aula *Enrique Díez Canedo* de Badajoz, monográfica, dedicada a la poesía, es pionera en esta iniciativa transfronteriza. Quizá anduvo en ello la mano “portuguesa” de Antonio Sáez Delgado, presidente de la AEEX. Hemos de agradecersele, pues ya han estado con sus lectores extremeños escritores como Pedro Tamen, Fernando Farnando Pinto do Amaral, José Luís Peixoto, Almeida Faria o Nuno Júdice. Hoy lee sus poemas, en Badajoz, Manuel António Pina.

ENCUENTRO CON ESTUDIANTES.

Yo también llevo a un grupo de alumnos y alumnas, estudian 2º de Bachillerato. Cuando llegamos, el salón de actos del Centro de Profesores y Recursos se está poblando de jóvenes y su habitual algarabía. Pero se hace el silencio, con mucha rapidez, en cuanto suben al escenario el poeta y los chicos que van a presentarlo. Son estudiantes del Instituto San Atón, que han elegido el portugués como optativa. Realizan una bonita exposición en power point. Pina les da las gracias y empieza su lectura. Habla un poquito, lo confiesa, en portuñol, pero lee sus poemas en portugués, como es preceptivo. Los chicos tienen entre las manos una antología y siguen la lectura de los textos. Se les ve atentos, con la mirada fija en las páginas de su cuadernillo.

Manuel António Pina conoce a los adolescentes –es experto escritor de literatura infantil– y sabe cómo ha de explicarles los secretos –técnica y

contenidos— de su obra poética. A los chicos les gusta especialmente el poema *O lado de fora*. Antes, el autor les ha contado la anécdota que lo motivó. Es sencilla. En una ocasión el poeta oyó decir a uno de esos niños que pasan horas jugando en la calle: “Mi madre, cuando se va a trabajar, me encierra fuera de casa”. Ya lo vemos, la lógica del niño es la más lógica.

MANUEL ANTÓNIO PINA EN EL MEIAC.

El salón de actos del Museo Extremeño e Iberoamericano de Arte Contemporáneo está completamente lleno. Es verdad que el Aula de Poesía *Enrique Díez Canedo*, de Badajoz, tiene un público muy extenso y admirablemente fiel. Pero en esta ocasión —siempre ocurre en la lectura del poeta de *Ágora*— el salón se ve desbordado por la afluencia de los estudiantes de portugués de la Escuela de Idiomas.

Manuel António Pina, que es periodista, escritor de libros infantiles, guionista de cine y televisión, está aquí con nosotros en calidad de poeta. En el estrado, a un lado del autor, vemos a Enrique García Fuentes, que dirige el Aula de Badajoz con José Manuel Sánchez Paulete. Al otro, se sitúa Antonio Sáez, que oficia de presentador.

Enseguida, con voz leve, pausada, cariciosa, Pina vas desgranando poema a poema un desafío constante a la inteligencia de quienes se acercan a su obra. Tiene ésta un tono reflexivo de cariz nietzscheano, con vetas de ironía y una apariencia de sencillez que en absoluto es inocente. El poeta nos lee textos de sus libros *Farewell happy fields*, *Nenhum sitio*, *O caminho de casa*, *Um sitio onde pousar a cabeça*, *Cuidados intensivos*, *Nenhuma palavra e nenhuma lembrança*, *Atropelamento e fuga* y *Os livros*. Una espléndida muestra de ellos queda recogida en el cuadernillo que guardo para mí.

Luego, en el debate, Pina confiesa que sus poemas están llenos de memorias, memorias tuyas, memorias de otras personas, memorias de los libros que ha leído, de los lugares donde ha estado. Dice también que la relación de un poema con la verdad es una relación compleja; que la referencia concreta no es la verdad del poema, sino los sentimientos que hay en él y que le otorgan una verdad propia. Al final se acaba tratando un tema que me interesa mucho. Manuel António Pina que, ya se ha dicho, sabe mucho de literatura infantil,

piensa que la literatura es literatura y no se escribe pesando en la edad de los lectores. Me gusta coincidir con él.

Una anécdota. Nos hemos sentado juntas Ana Olivera –trabajadora del Gabinete de Iniciativas Transfronterizas–, Susana que es compañera de Antonio Sáez en la Universidad de Évora– y yo. El salón de actos del MEIAC está perfectamente acondicionado, pero de pronto, siento frío. Me coloco la chaqueta que tengo sobre las rodillas. Un instante después, Susana se abriga igualmente. “Yo también tengo frío”, dice. No entiendo qué pasa, a mi derecha dos señoras se echan aire con un abanico y hay un señor en mangas de camisa. En ese momento Ana, que aparenta ser tímida, pero tiene muy buenos golpes de humor, exclama: “¡Ay, este frío! Y ahora viene para mí”. A continuación, un joven que acaba de entrar se quita la cazadora. ¿Qué nos pasa a nosotras tres, que estamos arreciditas?

Ha terminado la lectura y parte del público asiduo acompaña al poeta a tomar unas cervezas y unas raciones en Los Arcos, el bar acostumbrado. Porque los directores del Aula de Badajoz tienen el buen hábito de no llevarse al poeta a cenar a solas con ellos en un estupendo restaurante. Aquí, en Badajoz, se ha practicado siempre este otro encuentro posterior –más distendido, menos formal– del autor con sus lectores.

Algunos sólo tenemos tiempo para tomar una caña. Hemos de ir a un concierto en el Mercantil, que ha organizado *Ágora* para conceder un punto de solaz a los participantes. Esa única cerveza la tomo a la salud de Carmen Téllez. Me acompañan en ello Eduardo Achótegui, Luis Sáez, José Manuel Sánchez Paulete y Quique García. Todos han sido o son directores del Aula. Carmen también la dirigió, pero este curso ha cedido su lugar a Paulete: estupendo relevo. En esta primera lectura, también en otras ocasiones, la echo mucho de menos. Carmen Téllez es mi amiga, y se me ha ido a Granada.

CONCIERTO

ORANGOTANG EN EL MERCANTIL.

A toda velocidad hemos salido de Los Arcos. Antes, nos hemos despedido de Manuel António Pina. En realidad, estamos seguros de que no va a sufrir nuestra ausencia. Lo hemos dejado saboreando un plato de jamón ibérico –detrás llegarán las otras especialidades–, en excelente compañía. “Menos mal

que estas cosas siempre se retrasan”, me dice Ana Olivera al tiempo que buscamos un aparcamiento cerca del Mercantil. Antonio y Susana han llegado delante de nosotras. En efecto, el concierto no ha empezado aún y todos tenemos mucha hambre. Enfrente de la sala hay un local de comida basura para jóvenes. “Da igual, a estas hora, yo como cualquier cosa”, dice Antonio, que es de buen comer, igual que yo. Así que los cuatro vamos a saciar el apetito con algo que se asemeja a unos trozos de pizza y queso embadurnado en tomate frito. “Esto también tienes que contarlo en la crónica”, dice Susana, mientras busca una mala servilleta de papel, que no aparece por ninguna parte.

El concierto está a punto de empezar. Saludo a Ignacio Corrales, a quien he conocido hace unos días. Montaña, la directora de este encuentro transfronterizo, se acerca muy cariñosa y me agradece el trabajo de cronicar *Ágora Escena*. Estoy segura de que ya he estado con ella en otra ocasión, pero no recuerdo dónde. Antonio me dice que nos conocimos en el Congreso de Escritores Extremeños de 2005, aquél que tenía como tema *ExtremaduraPortugal. Escribiendo el siglo XXI*.

Enseguida empieza el concierto. El grupo es bueno, pero atruena el local. No debo hacer ni un solo comentario –pienso–, si es que quiero tener garganta para hablar mañana en clase durante cuatro horas.

Orangotang es una banda que procede de Mondim de Basto. Representa uno de los tipos de música que en estos momentos llena las emisiones radiofónicas de Portugal dedicadas a los jóvenes, y no tan jóvenes. Su propuesta se encuadra en el subgénero llamado *indie rock*.

Veamos. El término *indie* proviene del inglés *independent*, concepto que aplicado a la música, hace referencia a cualquier manifestación innovadora, realizada al margen de las propuestas ya establecidas. Existe además el subgénero *indie rock* que se atribuye a un conjunto de estilos surgidos en los años 80 y que alcanzaron su mayor popularidad en los 90. Aunque la denominación hace referencia al rock, algunos de los subgéneros que engloba también reciben la influencia del pop, el folk, la música electrónica o el jazz. En general, estas tendencias musicales tienen en común la herencia del espíritu del punk y de los géneros de vanguardia y experimentación que surgieron a partir de este movimiento, a finales de los años 70.

Sea como fuere, la propuesta de *Orangotang*, la sensibilidad de sus melodías y sus ritmos fuertes y desentumecedores, muestra una forma personal de ver el mundo. Por otro lado, su versión indie rock resulta inconfundiblemente portuguesa. Así pues, es una propuesta original, que llega a la noche pacense en temas como *Fome, Já vais tarde, Prazer, Mais alto* o *Lâmpada azul*, de la mano y la voz de Rui Lemos –batería–, Manel –guitarra–, Rui Pintado –bajo y sintetizadores– y Rui Mota, voz y guitarra.

VIERNES 29 DE OCTUBRE. CONCIERTO.

JÃO AFONSO EN EL TEATRO LÓPEZ DE AYALA.

A João Afonso me lo metió un día en el cuerpo Javier Figueiredo, que es escritor, trabaja en el Gabinete de Iniciativas Transfronterizas y nos lo ha traído a Badajoz. Dice Javier que “el apellido Afonso es un sustantivo de la música portuguesa”. Dice también, y está escrito, que “las músicas y letras de Zeca, que se fue tan temprano, forman parte del panteón mitológico de quienes han dedicado su profesión a trovarnos la vida, han llenado de recuerdos a una generación que se hinchó de ilusión una noche de abril, cuando el ritmo de las pisadas acompañaba un canto *a capela* para la más morena de las villas portuguesas.”

Esta tarde João Afonso, sobrino de José Afonso, está en el teatro López de Ayala. Viene para dejarnos su bagaje de versiones antiguas, de piezas nuevas, de canciones inéditas de su tío, de ritmos de fado y dinámicos compases recién traídos de Mozambique. Las butacas se van llenando poco a poco. Los incondicionales de Portugal –mi hermano Juane y sus amigos, por ejemplo–, los adeptos a la música de autor, los que se conocen todas las letras y los que vienen a descubrir lo desconocido, están todos aquí.

Empieza el concierto. Los músicos se reparten por el escenario y sale João Afonso con una cazadora de color rojo que huele a claveles. Su primera interpretación es una pieza lenta sobre la letra de Mia Couto: es el *Eco* descrito como el pasmo de un espasmo, como el silencio saltando en un trampolín. Su último disco habla de otra vida, con el piano como voz predominante y letras

agridulces, regalándonos bombones de todos los días de Zeca o interpretando en español a ese náufrago de las estrellas –el extremeño Luis Pastor– con el que acaba de cantar a dúo en Cascais la noche anterior.

El artista se desprende de su cazadora y el rojo inunda el fondo del escenario. El *cavaquinho* va ganando terreno y la melancolía va dejando paso a la alegría africana: es el Kilimanjaro desde Zanzíbar. “Quien tarda tiene razón”, dice una de sus canciones. Es verdad, en Europa creemos sabio a quien más rápido contesta a las preguntas; en África es al contrario, el sabio tarda en responder. Algunos lo son tanto que no responden nunca.

Jão va retrocediendo en el tiempo. Ahora recoge mandarinas de los Algarves, llega a sus primeras *missangas* y nos devuelve a su tío con aquella canción escrita en la cárcel de Caxias durante la dictadura de Salazar. Ahí están la *varanda* del abuelo, el sonido de la lluvia sobre los tejados de cinc, las acacias y una frase rotunda: “Estaremos juntos separados como amantes.”

Pasa una hora y media de canciones y parece que acabamos de empezar. El público se entrega y cada *Mariana* del cantante es respondido a coro con *Maria Madalena*. Se van ya del escenario y los aplausos los arrastran de nuevo. Sus seguidores más fieles le piden una melodía concreta, la de ese cartero en bicicleta que lleva recados de amor. El pianista toca el acordeón, el clarinete se cambia con otro instrumento de viento, las palmas siguen los ritmos a la par que los rostros crean una atmósfera de amistad cosmopolita. Entonces el teatro se rompe en un aplauso sincero, se rompen también los estereotipos. “Los cantantes portugueses no siempre transmiten tristeza o melancolía, especialmente cuando se mezclan con los sonos traídos de ese mundo que existe más allá del Cabo de San Vicente”, dice alguien.

Se va Jão Alfonso y nos deja las ganas de seguir escuchando a ese pueblo que siempre estuvo al lado y que hemos tardado en conocer a fondo. “¿Por qué España siempre se olvida de Portugal?”, repite, testaruda, la pregunta en mi memoria. “No, abuela, no. Ya vamos mezclando nuestras voces a uno y otro lado de La Raya”, me habría gustado responderle. Y vuelvo a traer aquí palabras de Javier Figueiredo: “La vida en las fronteras es un tesoro para la cultura. Aniquilados todos sus inconvenientes, La Raya es un fértil escenario para impregnarse de la riqueza que nos da lo diferente.”

CICLO DE CINE PORTUGUÉS

DOMINGO 28 DE OCTUBRE.

TUDO ISTO É FADO EN EL CENTRO DE OCIO CONTEMPORÁNEO.

Es proverbial la idea de que el cine portugués se orienta hacia la obra de autor al gusto de un público minoritario y de la crítica más ortodoxa. Si eso es así, el tratamiento desenfadado –disparatado casi– de la fábula que se narra en *Tudo isto é fado* viene a romper la tradición. Quizá es que Luis Galvão Teles ha realizado esta película en coproducción con Brasil, y Brasil, ya se sabe, lleva consigo el ritmo, la filigrana, el genio; la ternura y lo imposible también. O quizá todo sea obra del propio Gálvao que no cree demasiado en eso del “cine de autor”, o no con el significado al uso. “Hablan de cine de autor y cine comercial, pero considero que todo es cine de autor, unos cineastas despliegan sus propias impresiones de una manera más abierta, en tanto que otros lo hacen de forma hermética.”, expresó en el Festival de Río de 2004. De hecho Galvão ha seguido explorando la comedia de humor y compromiso –que no son incompatibles– en su película de 2006 *Dot.com*, “una comedia cibernética rural”, ha dicho el realizador.

Tudo isto é fado es, en cambio, una comedia urbana de personajes urbanos. Amadeu (Ângelo Torres) y Leonardo (Danton Mello) son dos jóvenes marginales que a golpe de samba y de fado, de oficios mal pagados, trapicheos y timos infructuosos, luchan entre Río de Janeiro y Lisboa, contra un destino que los ha condenado a sobrevivir como pequeños maleantes sin fortuna. Hartos de fracasar, ya viviendo en Lisboa, conciben la idea de perpetrar el singular robo de un cuadro verdadero colgado en una exposición de arte falso. Para ello no encuentran un cómplice mejor que Ricardo Reis (João Lagarto), un escritor de novela policíaca, de quien se dice que comete los delitos que luego narra en sus obras. Es el momento en que se cruza en su camino –revólver en mano– una mujer bella y fatal (Ana Cristina de Oliveira), que los conduce al escritor. Cuando están decididos a ejecutar el plan, precisamente la noche en que se juega la final del campeonato mundial de fútbol, el amor y la amistad están a punto de dar al traste con la empresa. Eso sí, se concluye de ello que el delito es el único oficio democrático: todos lo pueden practicar.

Podría creerse que el tratamiento ligero, en clave de comedia, de este filme convierte a *Tudo isto é fado* en una película comercial e intrascendente. Es posible que la crítica estrictamente ortodoxa así lo considere. Por fortuna, yo no tengo que dar ninguna talla y puedo confesar sin que nadie me eche a los leones, que voy al cine a divertirme, que ya hice los deberes hace mucho tiempo y por hacerlos bien me tragué películas intragables. Así que si es un pecado decir que me ha gustado mucho esta comedia —que algunos llamarían liviana y, por tanto, sin calidad—, yo me confieso pecadora. Y confieso que me ha divertido precisamente su ligereza, su aire de comedia a base de humor absurdo y disparatado. También le ha gustado a María Jesús, que estudia portugués en la Escuela de idiomas —como muchos de mis amigos— y ha visto la película conmigo. Además, añado para concluir, no veo liviandad alguna en las dificultades que acosan la existencia cotidiana de ese par de jóvenes abocados a malvivir y, precisamente por eso, fácilmente tentados por el oficio democrático del delito. Humor, disparate, ironía sí, en *Tudo isto é fado*, pero ligereza no.

LUNES, 29 DE OCTUBRE.

LISBOETAS EN EL CENTRO DE OCIO CONTEMPORÁNEO.

¡Vaya por dios!, al entrar en el vestíbulo del Centro de Ocio Contemporáneo, resbalo y me tuerzo un tobillo. A esto se le llama entrar en un sitio con mal pie. Con el mismo mal pie con el que entran en un país extranjero quienes escapan del suyo a la búsqueda del espejismo que suele ser la prosperidad de un inmigrante sin papeles.

De este asunto trata precisamente la película documental que hoy se exhibe y constituye un variado fresco de las comunidades extranjeras que habitan en Lisboa. Son los nuevos *Lisboetas*, que dan título al filme del realizador Sérgio Tréfaut. En este documental los personajes no están encarnados por actores, los personajes son seres reales que deambulan por las calles de Lisboa, a merced del abuso, la indiferencia, la explotación y la inmisericordia. Son éstas actitudes frecuentes de muchos ciudadanos que viven —bajo la presunción de ser género humano— en los países del desarrollo.

Siempre hemos visto la negritud colonial en las calles lisboetas, ha formado parte de su identidad. Pero hoy en día Lisboa ha comenzado a ser –como Madrid, como hace tiempo que lo son otras ciudades europeas– patria bastarda de apátridas forzosos. Y no todos sus ciudadanos encuentran en esta heterogeneidad la posibilidad intrínseca de enriquecer su bagaje de ciudadanos del mundo. Tampoco lo ven todos los madrileños, ni todos los habitantes de otras ciudades europeas. Por eso la convivencia resulta conflictiva, por eso se multiplican los abusos, por eso late una xenofobia a punto de violencia y desintegración.

Eso es lo que nos revela, sin dulzura y sin contemplaciones, la cámara directa de Sérgio Tréfaut. Es el suyo un documental de aire periodístico que describe con lentitud, con intencionada demora, la lucha épica por la supervivencia de unos antihéroes clandestinos –rusos, paquistaníes, ucranianos, moldavos, nigerianos– dejados de la mano de dios y de los hombres. Pero Tréfaut no sólo describe y analiza la avalancha diaria de nuevos extranjeros, Tréfaut les da la palabra a seres reales que se expresan en un mal portugués recién aprendido, personalizados en casos reales. Así nos hace testigos del trato abusivo que quieren obtener empresarios de poca monta y sin escrúpulos, o de la displicencia mal educada con que responden los turistas a la oferta –en *traveling* nocturno– de un vendedor de rosas, o de las horas de espera, en filas interminables, delante de la Administración, al fin para encontrar un “le falta tal o cual papel. Y vuelva usted mañana”. Nos hace testigos también –alivio muy pequeño– de la amable atención sanitaria que Médicos del Mundo les brinda a “los sin papeles” en unidades móviles que recorren los rincones estratégicos de la ciudad.

No vemos paisajes de Lisboa en este filme, no son precisos. El paisaje son los rostros asustados de quienes no saben qué hacer ni hacia dónde dirigirse. Todos llevan clavada en sus ojos la mirada de la incomprensión, el desconcierto, la incertidumbre, la desesperanza, el desencanto, la congoja. “Las personas que dejan su país para venir a Portugal no imaginan lo que les espera”, lamenta un inmigrante ruso con dentadura de oro. Sus ojos reflejan la expresión de alguien que está perdido en el centro de ninguna parte.

Por otro lado, la lentitud de la música, el plano detallista, el silencio de los personajes contribuyen igualmente al valor documental y poético del filme.

Una sobriedad técnica que se convierte en arma eficaz de denuncia no sólo contra los gobernantes, sino contra la sociedad entera. “El asunto de la inmigración del Este en Portugal es muy especial. Porque son personas muy cualificadas, ingenieros, médicos, etc., que están trabajando en las obras, para empresarios que son analfabetos”, dice Tréfaut, y añade: “Lo que es más triste, para mí, es que lo que tiene de bueno la inmigración no va a ser aprovechado, Portugal no se ha organizado para aprovechar al máximo el saber de las personas que han llegado.”

Sin embargo Tréfaut, lo hemos adelantado antes, deja un pequeño margen para la esperanza, la solidaridad y la integración en algunos momentos del filme. Así, cuando nos lleva junto a los niños rusos que se bañan en aguas de Caparica, o cuando nos traslada al aula de portugués para extranjeros o al parto de un bebé, que nace ciudadano con todos sus derechos.

Lisboetas es, por tanto, un documental comprometido con una realidad inédita hasta ahora en Portugal –en España también– que a algunos les cuesta digerir. La cámara de Tréfaut, vía documental, hace el repaso: formas de vida heterogéneas, mercado de trabajo en transformación, derechos civiles conculcados, religiones y cultos diversos, nuevas identidades culturales... *Lisboetas* es, en fin, el viaje a una Lisboa desconocida y abocada a transformarse, de forma irreversible, en una ciudad completamente nueva.

MARTES, 30 DE OCTUBRE.

BELLE TOUJOURS EN EL CENTRO DE OCIO CONTEMPORÁNEO

Escuchar el título *Belle toujours* nos obliga a un gesto involuntario de asociación de ideas. *Belle toujours*, *Belle de jour*. Ésta, una de las películas más emblemáticas de Luis Buñuel. Aquella, una realización breve de Manoel de Oliveira en homenaje al cineasta español. Oliveira y Buñuel. No es cualquier cosa.

Hoy presto atención al entrar en la sala. Aún persiste la hinchazón en el tobillo. Veo mucho público y escribo antes de que se apaguen las luces “Claro, Oliveira es Oliveira. Y esta noche con el recuerdo de Buñuel”. Enseguida se me ocurre un juego tonto de palabras. Lo anoto:

Belle de jour, belle de nuit,
belle toujours, c'estàdire.

Cuando se proyectó esta película en Venecia, leí críticas que hablaban de un juego, una broma, que sólo la experiencia nonagenaria de Oliveira podía permitirse, y además, con el retintín de quien se sabe certero. Yo no soy crítica de cine —no lo pretendo, ni lo quiero— así que puedo igualmente permitirme el lujo de opinar sin que nadie se escandalice. Y ya lo he dicho, yo voy al cine a divertirme. De manera que aquella calificación de juguete simpático y descarado que se le atribuyó, es una incitación sobrada.

Hace casi 40 años Sévérine Serizy (entonces Catherine Deneuve) huía de la rutina aburguesada hacia los goces del prostíbulo, con la complicidad de Henri Husson (Michel Piccoli). Ahora, casi 40 años después, Henri (que aún encarna Piccoli) se ha encontrado con Sévérine (que aquí es Bulle Ogier. Dicen que la Deneuve no quiso participar en este juego). Ha pasado mucho tiempo. Él es un anciano alcohólico tan cínico como entonces. Ella, una viuda arrepentida de sus libertinajes, dispuesta a ingresar en un convento. Nunca llegó a saber si su marido se enteró de las andanzas sexuales de su juventud y Henri le propone revelarle la verdad en el transcurso de una cena.

Hay además un camarero —el personaje sentencioso de Oliveira— que pone a los espectadores al tanto de los antecedentes. Habla con Henri —tres o cuatro secuencias— en un bar del Vendôme. Me gusta el camarero cuando afirma que él sólo sabe lo que oye, que es como decir que comprende y exculpa cualquier perversidad. Se oyen los pitidos en los pulmones de Piccoli, pero él, Bendetto, el camarero, no deja de tenerle a punto su próximo vaso de güisqui. Ahora llegan al bar dos prostitutas, dos ángeles del sexo, de aquellos que tanto gustaban a Buñuel. Es la mayor de ellas quien lleva la batuta y el aleteo de sus dedos viejos y huesudos, prestos a la caricia semi maternal para el macho joven, el camarero Bendetto. Henri Piccoli sonrío displicente a las insinuaciones del ángel del amor. No tiene ya deseos, ni fuerza, para desenrañar ese supuesto enigma femenino que antes le obsesionaba. Todo es elemental aquí, movimientos muy simples de la cámara, cortes imperceptibles, tomas frontales y algún juego de espejos.

En la calle, Henri se detiene a comprar para ella –Sévérine– una caja que al abrirse emite un extraño zumbido de mosca. Todos sabemos que es aquella vieja caja, la del chino, hace cuarenta años. Oliveira no olvida los fetiches de Buñuel. También está el gallo del hotel de lujo y hay además una cena en tiempo real, que recuerda otra película, la de *El discreto encanto de la burguesía*, aunque en esta ocasión, en *Belle toujours*, Oliveira sí da fin a la cena.

Todo en esta secuencia es elegante, elemental, sencillo: habitación señorial con decorados antiguos, luz escasa, cristales asomados a una calle de París. Sévérine se retrasa. Al fin llega, contra su voluntad. Pero el deseo de conocer la impulsa. La cena es deliciosa, aunque frugal y siempre acompañada por los sorbos de güisqui que el viejo Henri bebe uno tras otro. Ella quiere saber. Él, antes de confesar, le muestra su regalo. En fin, es la caja oriental que al ser abierta produjo la sonrisa cruel y placentera de Sévérine Deneuve en *Belle de jour*. Ahora, en *Belle toujours*, Sévérine Ogier ya sabe que su interrogación jamás tendrá respuesta. Así, con la sencillez de una cámara concentrada, Manoel de Oliveira nos deja a todos –y esa es su burla– delante de la risa alcohólica y perversa del viejo Michel Piccoli. ❖